

no hay solamente la vida religiosa, la vida moral, hay también la vida pública, la vida social. El Estado es la imagen viva, animada de la razón; es un organismo donde se juntan las dos leyes fundamentales de lo ideal y de lo real: la libertad de la Historia y la necesidad de la naturaleza. La voluntad humana, el conjunto de voluntades individuales no crean el Estado, que sólo sería entonces una aglomeración de individuos, y que podría disolverse al arbitrio de los ciudadanos; el pacto, la convención, lejos de crear el Estado, ó lo perturban, ó lo imposibilitan. El Estado es un organismo, y como todo organismo tiene en sí propio su fin, existe independientemente de la voluntad humana; reúne la vida social y la vida individual, la vida pública y la vida privada, como reúne la libertad y la necesidad. El Estado, como es la encarnación viviente de la razón pública, pasa por grados de formas varias, hasta que llega á un límite de perfección, del cual no podrá pasar jamás.

El arte es la revelación permanente de Dios. Para revelarse, Dios escoge sus profetas, los verdaderos reyes de derecho divino, los genios que hacen visible, palpable lo infinito, y lo encarnan en todas las conciencias y lo comunican á todas generaciones, sabiendo por intuición sobrehumana tocar en la mente y en el corazón, unir el sentimiento y el raciocinio, hablar á los hombres de ánimo superior y á las ciegas muchedumbres, fundar y establecer la divina religión de la ideal hermosura. Pero si el arte es la revelación permanente de Dios, la Historia es la permanente y sucesiva realización del derecho, de la noción que más contribuye al humano perfeccionamiento. La Historia es progresiva y pasa de la necesidad á la fatalidad, de la fatalidad á la Providencia. Y la medida del progreso se encuentra en el grado de perfeccionamiento que alcanza la noción y la realización del derecho. El género humano va lentamente; pero va á cumplir el derecho sin que ninguna generación pueda romper el término de esta idea que en la serie de los humanos progresos tiene precisamente señalado. Al punto de partida de la humanidad se encuentra la noción del derecho, y al término del viaje se encuentra la realización del derecho. La unión de todos los pueblos en un solo pueblo, de todos los Estados en un solo Estado, la ley natural por código único, la justicia por rey, el bien por término de la vida; de ahí el ideal completo y plenamente realizado. Pero el hombre no es dueño absoluto de sí mismo, puesto que leyes á él extrañas, á él superiores le dominan. Ebrio de libertad, pagado de sí mismo, creyéndose número y medida de todas las cosas, contando con su soberanía en la naturaleza, avánzase el hombre como á tender la mano sobre el Universo hasta que la implacable necesidad asentada sobre los mundos le señala su límite, como al astro su órbita, como al Océano su lecho. Cada individuo trae vocación exclusiva; se lanza al mundo cual si estuviera solo en el mundo; usa de su libertad en términos que diríase sólo su libertad soberana; hace de sus deseos la aspiración universal de todas las cosas creadas y de sus intereses los intereses humanos, hasta que la relación de unos hombres con otros hombres le obliga, si no quiere atraerse el castigo necesario, á unirse su vida con la vida social

tera y armonizar su voluntad particular con la voluntad pública. Como dos fuerzas sostienen el Universo, dos fuerzas sostienen la Humanidad. Allí se llaman la atracción y la repulsión: aquí se llaman la libertad y la Providencia. Bajo estas leyes, necesarias al hombre, realizará éste sucesiva y gradualmente su derecho.) Y esta filosofía es una filosofía reaccionaria. Esta filosofía, cuyos puntos fundamentales hemos expuesto, puede pasar en Alemania por filosofía de retrogradación, de retroceso. En los pueblos acostumbrados á la intolerancia de la Iglesia católica pasaría el sistema de la identidad entre las leyes del Universo y las leyes del espíritu, por un sistema racionalista. Esto sólo probará la supremacía de Alemania sobre los demás pueblos en libertad científica, en respeto al pensamiento de sus sabios. Pero no hay que dudar, es la filosofía de Scheiling una filosofía reaccionaria. A la República que Kant presenta como seguro de la paz perpetua, sucede la proscripción de la voluntad general, la proscripción de las democracias. Se ofrece la forma republicana como presidiendo al período de la fatalidad histórica, y la monarquía como presidiendo al período de la providencia. A la libertad individual de Fichte, que eleva la conciencia hasta enrojecerla en el fuego de la divinidad; que dignifica el pensamiento humano hasta hacerlo alma de todas las cosas: que fortalece la voluntad en el heroísmo de la soberana independencia; que protesta contra la tiranía de los hechos; impaciente por realizar la justicia, sucede esta idea de la necesidad, llamada á deshora para recordar al hombre emancipado, soberano, ebrio de esa vida nueva de la libertad, su triste dependencia en la naturaleza y en la Historia. Luego esa misma idea de progreso en gradación tan rigurosa, en serie tan estrecha somete las generaciones á no pasar de un término á otro término del derecho hasta la ilustración general de la razón y de la voluntad pública. ¿Qué se ha hecho de la antigua y generosa impaciencia por la realización del bien? Pero hay más todavía. Esa idea del Estado con fin propio en sí; requiere que los ciudadanos, en vez de realizar con vocación divina y libre su fin, se sometan á realizar el fin preconcebido por el Estado. Ese Estado tiene una especie de carácter divino como las antiguas monarquías. Ese Estado se eleva en la Historia á la misma estirpe que la Humanidad en el Universo. Ese Estado rechaza la voluntad general, la democracia, y la confunde con el despotismo. Ese Estado se resuelve en la monarquía universal. Ese Estado se confunde con la sociedad entera, y no hay error más grave que el error de confundir el Estado con la sociedad entera, porque así el Estado se cree con poder para regular todas las manifestaciones de la vida, desde la religión hasta el trabajo, que no pueden realizar los fines humanos de justicia, sino por los medios puramente humanos, por los medios de la libertad.

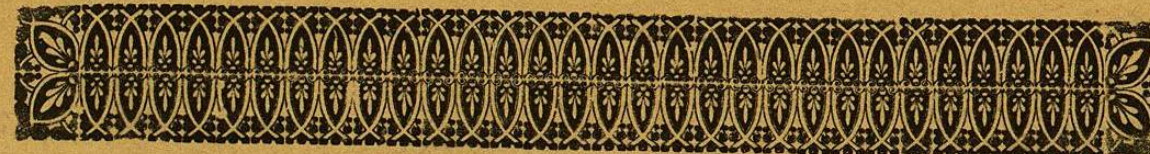
Las monarquías germánicas, con ese instinto de conservación que tienen las instituciones viejas y gastadas, se apoderaron de Schelling para que fuese el filósofo de su autoridad. El rey de Baviera lo llevó desde la Universidad de Jena, donde había profesado con gran brillo, á la Universidad de Wurtzburgo. De esta Universidad pasó á Munich, á la se-

gunda capital del catolicismo y de la reacción alemana, que tenía su primer capital en Viena. La enseñanza de Schelling allí tomaba cada día un aspecto más religioso y místico, menos racional y humano. Durante el tiempo que la verdad del progreso dominó en Alemania, Schelling enmudeció sí, enmudeció por largos años. Schelling fué luego desde Munich á Berlín, para que con todas sus fuerzas, con toda su autoridad se opusiese á los estragos revolucionarios y racionalistas causados en la juventud por la Filosofía de lo Absoluto. Desde aquel momento no fué más que el sacerdote de la reacción científica, de la reacción política; de la reacción religiosa. Había en su doctrina y en su elocuencia algo del desorden neo-pagano, de su magia y de su theurgia, de aquel anhelo por detener la transformación necesaria de la conciencia humana con la evocación á las fuerzas de la naturaleza, fantaseada místicamente, y con el renacimiento artificial del genio de los dioses devorados por los progresos de la ciencia. Como si el pensamiento libre pudiera tener más objeto que la verdad en sí, quiso sujetarlo á comentar las doctrinas oficiales de la religión, ni más ni menos que los antiguos escolásticos. Sosteniendo que su único criterio era la razón libre, que su único objeto era la verdad en sí; reivindicando el derecho de inspirarse solamente en su conciencia, y de difundir aquello que su conciencia le revelara, transforma su Dios antiguo, fuente de donde fluyen los séres, océano adonde desaguan las ideas, confusamente encerrado en el éther primitivo, y viviendo y desarrollándose luego á un tiempo mismo en lo ideal y en lo real, en el Universo y en la Historia, hasta que llega á la conciencia de sí en la Filosofía; transforma este ser dialéctico, en sér real absoluto, creador, conservador del Universo, el Dios de Abraham y de Moisés, ó mejor dicho, el Dios del rey de Prusia y de su corte. Y no se contenta por esto, perdiéndose en los abismos de la fantasía, apelando á la magia como los antiguos gnósticos, lleno de un misticismo que hubieran envidiado Boehm y Swendemborg, reconoce que hay en el Universo fuerzas teogónicas además de las fuerzas naturales, y que estas fuerzas en su relación íntima con el espíritu humano, con la humana conciencia, han producido las mitologías, producto también de la continua evolución del pensamiento teológico, hasta que un día la purificación de este pensamiento del espíritu humano, y la virtud de aquellas fuerzas del Supernaturalismo traen la única religión verdadera, definitiva, absoluta, el Cristianismo, cuyos dogmas de la redención, de la gracia, de la Trinidad, pueden deducirse del puro raciocinio, y aprenderse en el eterno poema de la Naturaleza. Todas estas teorías no tendían más que á satisfacer el orgullo y atizar las preocupaciones del tutor coronado que diera á Schelling un solo encargo, combatir las teorías progresivas. El filósofo temía de tal suerte á la opinión y á sus juicios, que prohibió toda publicación de sus lecciones en Berlín. Algún discípulo infiel llegó á recoger estas lecciones, á ordenarlas y transmitir las al doctor Paulus, que las publicó bajo este título: *La filosofía de la revelación revelada*, persiguiendo á su autor con vigorosos argumentos y violentísimas sátiras. Marheineke le atacaba pública-

mente y á todas horas como á un renegado. Y Straus, el célebre autor de la vida de Jesús, publicaba un folleto llamando al rey protector de Schelling, Juliano, *el Apóstata*.

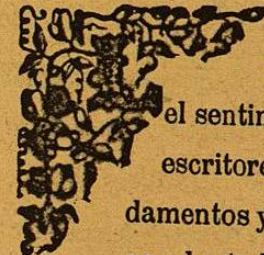
Y viendo los sectarios de esta doctrina, persuádese más aún el ánimo de las consecuencias reaccionarias que en sí encerraba y que sucesivamente se desarrollaron y extendieron. Eschemayer dividía la Historia en cuatro períodos: 1.º Período de la naturaleza ó despotismo del más fuerte. 2.º Período de la esclavitud y de la tiranía. 3.º Período de la libertad tal como fué comprendida en las repúblicas antiguas. 4.º Período de las monarquías que acabaron por resolverse en una monarquía universal, á la manera que los señores del feudalismo, verdaderos monarcas, se perdieron y se concentraron en las monarquías nacionales. El mismo error de la Filosofía de la Historia de Vico, renacía en estos sistemas fantaseados para dar leyes arbitrarias á la Historia; considerar como necesario el paso de la República á la monarquía. Vico limitaba sus leyes históricas al mundo antiguo, donde verdaderamente la república griega se resolvió en la monarquía de Alejandro, y la república romana en la monarquía de Augusto. Pero una y otra monarquía acabaron con aquellos dos grandes pueblos. Y hoy, las naciones modernas en su actividad y en su progreso no perecerán con las monarquías, sino que darán á su vivaz espíritu el organismo de la República. Y todavía la reacción fué más lejos. Si Eschemayer proclamó la monarquía como un progreso evidente sobre la República. Goerres proclamó la teocracia como un progreso á su vez sobre la monarquía. El mundo moderno andaba de esta suerte hacia atrás. El pensamiento moderno se perdía en las nieblas de la Edad Media. Llegaba á dudarse de que fuera beneficioso á la humanidad el empleo de la imprenta, que acabara con el hechizo de la ignorancia. Sobre el Renacimiento, sobre la Reforma, sobre el alba del espíritu moderno, se levantaba el poeta de ciclope imitación, el escritor de tropical estilo, buscando los marmóreos arcos de Roma, el genio augusto de los Pontífices, á fin de que dieran al inquieto espíritu moderno, atormentado de continuo por dudas que se resolvían en negaciones, aquella fe propia de los tiempos primitivos, aquella obediencia de las tribus asiáticas dormidas en paz bajo las sombras de sus templos, y sobre el regazo de la edémica naturaleza. En su afán de resucitar, este mago, este hechicero, que había entregado su genio por completo á la reacción, evocaba de sus sepulcros hieráticos la fe que animó las Cruzadas, el patriarcado de Roma sobre los Reyes, el sueño magnético de los pueblos siervos, y hasta el diablo, hasta el ángel caído de la luz en las tinieblas, que había llenado con sus tentaciones y con sus hechizos toda la edad Media, y á cuya ausencia de la naturaleza y de la historia débese una pérdida de poesía mayor que la pérdida experimentada cuando los dioses paganos exhalaban su último suspiro, bajo las ruinas del antiguo mundo y bajo el altar de los nuevos dogmas. El Estado, para este gran reaccionario, era un árbol, y el Estado, los siervos, los plebeyos, debían ser las raíces de ese árbol pegadas siempre á la tierra, mientras que las aristocracias teocráticas debían

ser las flores pintadas y las frutas maduras por la luz, y por el calor de la luz emanada de los cielos. Steffens proclamaba el bárbaro principio social de las castas, semejante al principio de las teogonías orientales; unos hombres llamados perpetuamente al trabajo sin goce, y otros destinados al goce sin trabajo. Adam Müller enseñaba que el fatalismo de las leyes crónicas había destinado desde la eternidad al hombre á ser como un ganado, y al Rey á ser como el pastor y el conductor de este ganado. Teorías inconcebibles en este siglo que ha visto desplomarse tantas tiranías y llegar la libertad, el derecho, por esfuerzos sobrehumanos de tantos genios sublimes, redentores, hasta en el terruño del campesino, hasta en la ergástula del negro. Schellin había nacido para comunicarse con la naturaleza. En su vida serena, en su uniformidad constante encontraba paz que difícilmente se encuentra en las sublimes y vertiginosas alturas del espíritu. Pero en cuanto estudiaba la sociedad y el alma, su imaginación exaltada tendía sobre una y otra, falsos, falsísimos espejismos. Hasta en el mismo seno de la naturaleza, parecía volver á la magia, á la alquimia, á la theurgia. Pero la verdad es que su pensamiento escuchaba atentamente las armonías de la naturaleza, y encontraba en ellas un poema universal. Imposible á los dolores humanos, indiferente á los problemas sociales, aguardando toda mejora y perfeccionamiento de fatal progreso, anegóse en la vida universal. Así llegó á edad bien provecta, y murió en paz entre los brazos de su alma madre, la naturaleza. Sobre sus mortales despojos, los dos cultos en que el Cristianismo se ha dividido, mezclaron, confundieron sus oraciones. En los valles de Suiza, á las orillas del Rin recién nacido, en medio de aquellos pinares oscuros, sobre las verdes praderas, junto á las pintorescas aldeas, descansa en paz el cuerpo del filósofo en monumento erigido por la piedad de uno de sus regios discípulos é iluminado por las reverberaciones del día en las nieves eternas de los Alpes, como si la naturaleza hubiera querido encantar con todas aquellas maravillas el sueño eterno de su inspirado intérprete, de su divino sacerdote.



CAPÍTULO DÉCIMO-TERCERO

Diferencias de las revoluciones y las reacciones religiosas entre germanos y latinos


 A raza germánica desempeña especialísimo ministerio en la sociedad moderna, como raza que ha creado en su alma y que ha traído á la vida el sentimiento de la individualidad, borrada en los antiguos Estados. Muchos escritores piensan y dicen que esta división en razas peca de falsa en sus fundamentos y de atentatorias en sus consecuencias á la unidad humana. Sin embargo, el estudio concienzudo de la Historia prueba que, ya por la conquista, ya por el influjo político, ya por las relaciones entre los pueblos y el espacio que ocupan, relaciones tan estrechas como las del alma y del cuerpo en cada hombre; las tribus, las naciones se acercan, se funden y forman una raza natural, á la manera que las familias se acercan y se funden para formar un pueblo, para componer una verdadera nacionalidad. Y así como en nada contradice á la unidad de la naturaleza el que haya planetas y satélites, mundos y soles, cometas y aerolitos, en nada contradice á la unidad del género humano el que haya individuos, familias, tribus y razas. El medio natural, en que las razas se mueven, afecta de suyo al color de la piel y á la magnitud de los ojos y á los grados del ángulo facial; y á la sociedad en que se crían afecta á su razón y á su conciencia y su vida intelectual y moral. Nada existe, tan estrechamente unido al espíritu, como la palabra. Muchos filósofos han confundido la idea con la expresión de la idea y han proclamado la imposibilidad de pensar hasta secreta é íntimamente sin auxilio del lenguaje. La teología cristiana llama la segunda persona de la Trinidad, el Dios hombre, palabra, Verbo. Y la revelación de las ideas